

"Libros, caminos y días
dan al hombre sabiduría."

-Proverbio árabe.



CENTRO DE LAS ARTES DE SAN AGUSTÍN

Dirección: Lourdes Báez Meza

BIBLIOTECA DEL CENTRO DE LAS ARTES DE SAN AGUSTÍN

Juan de Dios Ruiz Torres

Diseño: Carlos Franco, Yeimi Yuriko Zárate

Distribución: Fernando Fernández Santiago
y Jaime T. Gris Dávila

SITIOS FORÁNEOS

Sitio El Cárcamo San Agustín, Etna

Sitio Vista Hermosa

Se tiraron 100 ejemplares
mas sobrantes de reposición.

Enero, 2012

TAXI CUENTO 10

REFLEXIONES SOBRE LA ESCRITURA

Henry Miller

The Wisdom of The Heart,
New Direction Paperback
1941.

Trad. Elisa Ramírez Castañeda





Es el producto de un esfuerzo por iniciar y fomentar la lectura entre la comunidad.

• • •

Esperamos que lo disfrute y le impulse a completar su lectura.

Buen viaje...

Reflexiones sobre la escritura

Knud Hamsun respondió alguna vez en una encuesta: escribo para pasar el tiempo. Aunque fuera sincero al hacer tales declaraciones, creo que se engañaba. Escribir, como la vida misma, es un viaje de descubrimiento. La aventura es metafísica: es una manera indirecta de aproximarse a la vida, de adquirir una visión no sólo parcial, sino total del universo. El escritor vive entre el mundo superior y el inferior: toma un camino para convertirse él mismo, a la larga, en el camino.

Yo comencé en un caos y oscuridad absolutos, en una revoltura empantanadas de ideas y emociones y experiencias. Ni siquiera ahora me considero un escritor en el sentido estricto de la palabra. Soy un hombre que cuenta la historia de su vida, procedimiento que se vuelve más y más inagotable conforme ésta avanza. Es tan interminable como la evolución del mundo. Es como sacar el interior a la superficie, un viaje por las incógnitas; la solución es que en algún punto del

procedimiento se descubre que lo que uno tiene que decir no es tan importante como el decir mismo. Es esta cualidad de todo el arte la que le da un matiz metafísico, le aparta del tiempo y el espacio y lo centra e integra al proceso cósmico global. Es eso lo que hace "terapéutico" al arte: tal es su significado, su ausencia de propósitos, su cualidad de infinito.

Me resultó bien claro, casi desde el comienzo mismo: no hay meta. Nunca espero abarcar el todo pero sí, al menos, dar en cada fragmento, en cada obra, la sensación del todo mientras avanzo, porque ahondo más y más en la vida, ahondo más y más en el pasado y en el futuro. En este infinito hurgar se desarrolla una certeza más inmensa que la fe o la creencia. Me vuelvo cada vez más y más indiferente respecto a mi destino como escritor y más y más certero acerca de mi destino como hombre.

Comencé por examinar minuciosamente el estilo y técnica de quienes alguna vez admiré y veneré: Nietzsche, Dostoyevski, Hamsen, hasta Thomas Mann, a quien ahora descarto como hábil fabricante, picapedrero, tonto inspirado, caballo de tiro. Imité todos los estilos, con la esperanza de encontrar la clave del terrible secreto de cómo escribir. Finalmente me vi en un callejón, llegué a un desencanto y una desesperación conocidos por pocos hombres, porque no distinguía entre mi persona como escritor

y mi persona como hombre: fallar como escritor era fallar como hombre. Y fallé. Me di cuenta de que no era nada, menos que nada —una cifra negativa. Fue en ese punto, inmerso en el mortal Mar de los Sargazos, por así decirlo, cuando comencé realmente a escribir. Comencé de cero, tirando todo por la borda —hasta a aquellos a quienes más amaba. Inmediatamente oí mi propia voz y quedé hechizado: el que fuera una voz distinta, clara y única me sostenía. No me importaba que se considerara malo lo que escribía. Eliminé de mi vocabulario las palabras bueno y malo. Salté de lleno al ruedo de la estética, a la esfera de lo no-moral, lo no-ético, lo no-utilitario del arte. La vida misma se convirtió en una obra de arte. Había encontrado mi voz, estaba completo nuevamente. La experiencia resultó muy parecida a las que encontramos al leer la vida de los iniciados zen. Mi enorme fracaso fue semejante a la recapitulación total de la experiencia de mi raza: tuve que idiotizarme con los conocimientos, darme cuenta de la futilidad de todo, romper con todo, llegar a la desesperación; luego ser humilde, luego borrar me, tal cual, para poder recuperar mi autenticidad. Tuve que llegar a las márgenes y desde allí saltar a la oscuridad.

Ahora hablo de la Realidad pero sé que no hay manera de alcanzarla, menos aún a través de la escritura. Aprendo menos y me doy cuenta de más: aprendo de una manera diferente, más subterránea. Adquiero cada vez más el don de la inmediatez. Estoy desarrollando mi habilidad de percibir, aprehender, analizar, sintetizar, categorizar, informar y articular —todo al mismo tiempo. El elemento estructural de las cosas se me revela más pronto ante los ojos. Bosquejo interpretaciones nítidas: con mayor simplificación, el misterio resalta. Parece ser cada vez más inestable. Vivo en la certeza, en una certeza que no depende de pruebas ni de la fe. Vivo completamente para mí, sin el menor egoísmo o vanidad. Vivo la vida que me fue dada y altero el esquema de las cosas. Añado al desarrollo, el enriquecimiento, la evolución e involución del cosmos, cada día, de todas las maneras. Doy cuanto puedo dar y tomo cuanto puedo ingerir. Soy un pirata y un príncipe al mismo tiempo. Soy el signo igual, la contraparte espiritual de Libra, introducido al zodíaco original al separar Virgo de Escorpión. Encuentro en el mundo espacio suficiente para todo —grandes honduras interesaciales, grandes universos del ego, grandes islas de restitución para cualquiera que aspire a la individualidad. En la superficie, donde se liberan las batallas

históricas, donde todo se interpreta en términos de dinero y poder pueden darse aglomeraciones, pero la vida no comienza hasta que uno se sumerge bajo la superficie, abandona la lucha, se hunde, desaparece. Ahora, fácilmente, puedo escribir o no escribir: ya no hay compulsión, ha perdido su carácter terapéutico. Haga lo que haga, es por el puro gozo: dejo caer mis frutos como árbol maduro. Lo que el lector común o el crítico capten no me atañe. No estoy estableciendo valores: cago y me nutro. A eso se limita todo. Esta condición de sublime indiferencia es el resultado lógico de una vida egocéntrica. Sobreviví los problemas sociales muriendo: el problema real no es cómo tolerar al vecino o cómo contribuir al desarrollo de la patria, sino descubrir el propio destino, vivir de acuerdo al ritmo hondamente centrado del cosmos. Ser capaz de usar con osadía la palabra cosmos, usar la palabra alma, tratar de asuntos "espirituales" —y desafiar las definiciones, coartadas, pruebas y obligaciones. El paraíso está en todas partes, y todo camino conduce allí si uno persiste hasta determinado punto. Uno sólo puede avanzar al retroceder, ir de lado o hacia arriba y hacia abajo. No hay progresión: hay un movimiento perpetuo, una desubicación circular, espiral, infinita. Cada hombre tiene su propio

destino: el único imperativo es seguirlo, aceptarlo sin importar a dónde conduce.

No tengo la menor idea de cómo serán mis libros futuros, ni siquiera el siguiente. Mis esquemas y mapas son apenas guías insignificantes: los borro a voluntad, invento, distorsiono, deformato, miento, aumento, exagero, confundo y mezclo según mi humor. Sólo obedezco mis propios instintos e intuiciones. No sé nada de antemano. A menudo escribo cosas que ni yo mismo entiendo, con la certeza de que se aclararán y más tarde serán significativas. Tengo fe en el hombre que escribe, en mí mismo, en el escritor. No creo en las palabras, aunque las enhebre el hombre más hábil: creo en el lenguaje, como en algo más allá de las palabras y del cual las palabras sólo dan una ilusión imprecisa. Las palabras sueltas no existen excepto en las mentes de los académicos, etimologistas, filólogos, etcétera. Las palabras divorciadas del lenguaje son cosas muertas, no revelan secretos. Un hombre se revela en su estilo, en el lenguaje que ha creado para sí mismo. Creo que para el hombre puro de corazón todo es claro como una campana, hasta en los escritos más esotéricos. Para tal hombre siempre existen misterios, pero el misterio no es misterioso: es lógico, natural, ordenado e implícitamente aceptado. El entendimiento no es la indagación del misterio

sino su aceptación, vivir en santa paz con él, en él, a través de él y por él. Me gustaría que mis palabras fluyeran como fluye el mundo, con un movimiento serpentino a través de dimensiones, ejes, latitudes, climas y condiciones imprevisibles. Acepto a priori mi incapacidad de lograr tal ideal. No me molesta en lo más mínimo. En última instancia el mundo mismo está preñado de fracaso, es la manifestación perfecta de la imperfección, es la conciencia del fracaso. Al darnos cuenta de esto, el fracaso como tal se elimina. Como el espíritu primordial del universo, como el inamovible Absoluto, el Uno, el Todo, el Creador, así mismo el artista se expresa por y a través de la imperfección. Es la materia de la vida, el signo mismo de la vitalidad. Uno se acerca al corazón de la verdad, que supongo es la aspiración última del escritor, en la medida en que se deja de luchar, en la medida en que abandona la voluntad. El gran escritor es el símbolo de la vida, de lo no-perfecto. Se mueve sin esfuerzo, da la ilusión de lo perfecto, desde un foco desconocido que definitivamente no se centra en el cerebro pero ciertamente es un centro, un centro conectado con el ritmo de todo el universo y por lo tanto tan sensato, sólido e inmutable, tan durable, desafiante, anárquico, carente de finalidades como el

universo mismo. El arte no enseña nada, excepto el significado de la vida. La gran obra inevitablemente debe ser oscura, salvo para unos cuantos, para aquéllos, como el autor mismo, iniciados en los misterios. Entonces la comunicación es secundaria: es la perpetuación lo que cuenta. Para eso sólo es necesario un buen lector.

Si soy un revolucionario como se ha dicho, es de manera inconsciente. "Revolucionarizo", como decía de sí mismo Blaise Cendrars. Hay una diferencia. Puedo vivir de cualquier lado de la cerca. Es más, creo estar por encima de ambos lados y dando — lugar que se expresa a sí mismo en la escritura, plásticamente y sin ética. Creo que uno debe ir más allá de la esfera y la influencia del arte. El arte sólo es un conducto para la vida, para una vida más abundante. Apenas señala el camino, lo cual a veces pasan por alto no sólo el público sino también el artista, con harta frecuencia. Al convertirse en meta se derrota a sí mismo. La mayoría de los artistas derrotan la vida por su intento mismo de sumergirse en ella. Han partido en dos el huevo. Mi convicción es que todo el arte desaparecerá algún día. Pero el artista quedará y la vida misma se convertirá no en "un arte" sino en arte; es decir, usurpará ese campo del todo y para siempre. En sentido estricto, aún no estamos vivos. Ya no somos

animales, pero ciertamente no somos hombres todavía. Desde el inicio del arte los artistas nos han machacado esto, pero pocos de ellos lo entienden. Una vez que el arte sea realmente aceptado dejará de serlo. Es sólo un sustituto, el lenguaje simbólico de algo que puede aprehenderse directamente. Pero para que esto sea posible el hombre debe volverse enteramente religioso; no creyente, sino motor primordial, un dios en sus hechos y hazañas. Inevitablemente se llegará a eso. Y de todos los recodos en el camino del arte éste es el más glorioso, el más fecundo, el más instructivo. El artista que se vuelve enteramente conciente deja de serlo, por eso mismo. Y todo apunta hacia la conciencia, a esa conciencia engeguedora donde no puede florecer ninguna de las formas de vida conocida, ni siquiera el arte.

A algunos podrá sonarles lo anterior a mistificación, pero es la franca afirmación de mis convicciones actuales. Debe tenerse en cuenta, por supuesto, que hay una discrepancia inevitable entre la verdad material y lo que uno piensa hasta de uno mismo: pero también debe tenerse en mente que existe igual discrepancia entre el juicio de otro y esta verdad. No hay una diferencia vital entre lo objetivo y lo subjetivo. Todo es una ilusión, más o menos transparente. Todos

los fenómenos, el hombre y sus reflexiones sobre sí mismo incluidos, no son sino un alfabeto móvil y variable. No hay hechos reales de los cuales aferrarse. Por tanto, al escribir, hasta cuando mis distorsiones y deformaciones son intencionales, no necesariamente se apartan de la verdad. La ficción y la invención son el tejido mismo de la vida. La verdad no se altera para nada por las violentas perturbaciones del espíritu.

Así pues, cualquier efecto que obtenga mediante artificios técnicos no será el mero resultado de la técnica, sino el registro muy minucioso de mi aguja sismográfica sobre las experiencias tumultuosas, enlazadas, misteriosas e incomprensibles que he vivido y que, en el proceso de la escritura vuelven a vivirse de manera diferente, tal vez aún más tumultuosas, más misteriosas, más incomprensibles. El llamado núcleo de hechos fidedignos, punto de partida y de restitución, está hondamente arraigado en mí: no podría perderlo, alterarlo, ni disfrazarlo, por más que tratara. Y sin embargo está alterado, como se altera la faz del mundo cada vez que exhalamos. Para dar cuenta de ello, entonces, uno debe crear una doble ilusión —una de suspenso y otra de flujo. Es este doble truco, por así llamarlo, lo que da la ilusión de falsedad: es esta mentira, esta máscara metamórfica que nos elude el ingrediente

del cual está formada la esencia misma del arte. Uno se ancla en el flujo: uno adopta una máscara mentirosa para poder revelar la verdad.

Con frecuencia pensé que me gustaría explicar cómo escribí algunos pasajes de mis libros, o tal vez un sólo pasaje. Creo que podría escribir un libro de tamaño considerable sobre un pequeño párrafo de mi obra, elegido al azar. Un libro sobre su principio, su génesis, su metamorfosis, su alumbramiento, del tiempo transcurrido entre el nacimiento de una idea y su escritura, el tiempo que tomó escribirlo, los pensamientos que tuve en los intervalos cuando escribía, el día de la semana, mi estado de salud, la condición del ámbito nervioso, las interrupciones que ocurrieron, tanto las voluntarias como las impuestas, las múltiples variables de expresión que se me ocurrieron en el proceso de la escritura, las alteraciones, los puntos donde me detuve y donde, al regresar, alteré por completo la dirección original, o el punto donde hábilmente me retiré, como un cirujano que hace lo que puede ante un caso crítico, con la intención de regresar y reiniciarlo más tarde y sin cumplirlo; o si no, regresando y continuando la dirección inconcientemente, algunos libros más tarde, cuando su recuerdo ya se ha

desvanecido por completo. O podría comparar un pasaje con otro, pasajes que el frío ojo del crítico toma como ejemplo de algún tópico, y confundir radicalmente a esos críticos de mente analítica, demostrándoles cómo una pieza de escritura que parece desenfadada se logró con grandes dificultades mientras que otro pasaje difícil y laberíntico se escribió como una brisa, como un geiser que brota. O podría mostrarles cómo un pasaje tomó forma originalmente en la cama, se transformó al levantarme y de nuevo se transformó al momento de sentarme a escribirlo. O podría sacar mi cuaderno de notas y mostrarles cómo el estímulo más remoto, el más artificial produce una flor humana tibia y vital. Podría mostrar ciertas palabras descubiertas al azar cuando hojeaba un libro, mostrar cómo me dispararon —¿pero quién diablos podría imaginar cómo, de qué manera me dispararon? Cuando los críticos escriben sobre una obra de arte, aún los mejores, aún los más sensatos, convincentes y posibles; aún los que escriben con amor —lo cual es raro— sus escritos son nada si se comparan con la mecánica verdadera, la génesis real de una obra de arte. Recuerdo mi obra, no palabra por palabra claro, pero de una forma más exacta y confiable; toda mi obra ha llegado a parecerse a un terreno del que he hecho una

acuciosa inspección geodésica no con pluma y regla, desde mi escritorio, sino al tacto, poniéndome a cuatro patas y arrastrándome pulgada a pulgada por el suelo y así, durante un lapso infinito de tiempo y en todas las condiciones climáticas. En suma, estoy tan cerca ahora de la obra como cuando estaba en el acto de su ejecución —más cerca tal vez. La conclusión de un libro nunca fue sino un cambio de postura corporal. Podría haber terminado de mil maneras distintas. Ni una sola de las partes está terminada: podría reasumir la narrativa en cualquier punto, seguirla, hacer canales, puentes, casas, fábricas, apiñarlas con otros habitantes, otra flora y fauna, todos igualmente fieles a la realidad. No tengo, de hecho, ni un principio ni un final. Como la vida, se comienza a cada momento, mediante el acto de realizarla: así es el trabajo. Pero cada principio, sea de un libro, una página, un párrafo, una oración o frase marca un vínculo vital y es en la vitalidad, la duración, la invariabilidad e intemporalidad de los pensamientos y acontecimientos donde vuelvo a sumergirme cada vez. Cada línea y cada palabra están vitalmente conectados a mi vida, sólo a mi vida, sea en forma de hazaña, acontecimiento, hecho, pensamiento, emoción, deseo, evocación,

frustración, sueño, ensueño, fantasía —hasta en las nadas inconclusas que flotan sin orden en el cerebro, como los filamentos desprendidos de una telaraña. No hay nada realmente vago o tenue —aún las naderías son claras, duras, delineadas y duraderas. Como la araña regreso una y otra vez a mi labor, conciente de que la tela que tejo está hecha de mi propia sustancia, que nunca me fallará, que nunca se secará.

Al principio soñaba competir con Dostoyevski. Esperaba mostrar al mundo batallas anímicas de almas enormes y laberínticas que devastaran el mundo. Pero antes de llegar muy lejos me di cuenta que habíamos llegado más allá de Dostoyevski —más allá en el sentido generacional. El problema del alma había desaparecido con nosotros, o más bien se presentaba con un disfraz químico extrañamente distrorsionado. Manejamos fragmentos cristalinos de un alma rota y dispersa. Los pintores modernos expresan esta condición o estado con más fuerza que los escritores: Picasso es el ejemplo perfecto de lo que quiero decir. Me resulta imposible, pues, pensar en escribir novelas; y también es impensable seguir los diversos callejones que encarnan los distintos movimientos literarios de Inglaterra, Francia o Estados Unidos. Me sentí honestamente obligado a tomar los elementos dispersos y

disparatados de nuestra vida —la vida del alma, no la vida cultural— y manipularlos a mi modo personal, utilizando mi ego roto y disperso de manera tan despiadada y arbitraria como lo haría con el ruido y el boato del mundo fenoménico circundante. Nunca sentí antagonismo ni ansiedad por la anarquía que veo en las formas predominantes del arte; al contrario, siempre he considerado bienvenidas las formas discordantes. En una época marcada por la disolución me parece una virtud, más aún, un imperativo moral. No sólo no he sentido el menor deseo de conservar, defender o promover nada, sino que podría decir que siempre he mirado los desechos como algo tan maravillosamente rico y expresivo de la vida, como su crecimiento.

Debo confesar también que fue orillado a escribir porque demostró ser la única compuerta disponible, la única tarea digna de mis poderes. Había intentado sinceramente otras vías hacia la libertad. En el llamado mundo real, fui un fracaso; pero no un fracaso por falta de habilidades. Escribir no fue un "escape", un modo de evadir la realidad cotidiana: al contrario, significó hundirse más a fondo en la poza macilenta —hundirse hasta la fuente donde se renuevan las aguas constantemente, donde hay una agitación y un

movimiento permanentes. Al mirar retrospectivamente mi carrera, me veo como una persona capaz de asumir cualquier tarea, cualquier vocación. Fue la monotonía y la esterilidad de las otras salidas lo que me llevó a la desesperación. Requería un territorio donde pudiera ser patrón y esclavo al mismo tiempo: el mundo del arte es el único territorio que lo ofrece. Entré a él sin ningún talento visible, un novicio absoluto, incapaz, torpe, mudo, casi paralizado por el miedo y la aprehensión. Tuve que poner un ladrillo tras otro, poner millones de palabras en el papel antes de escribir una palabra real y auténtica, arrancada de mis entrañas. La facilidad de palabra que tenía fue una desventaja; tenía todos los vicios de un hombre culto. Tuve que aprender a pensar, sentir y ver de una manera completamente nueva, de manera no-culta, a mi propia manera: y es la cosa más difícil del mundo. Tuve que echarme a la corriente, a sabiendas de que muy probablemente me ahogaría. La mayor parte de los artistas se lanza con un salvavidas alrededor del cuello, y la mayor parte de las veces el salvavidas los hunde. Nadie, entregado voluntariamente a tal experiencia, puede ahogarse en el océano de la realidad. Cualquier cosa que la vida conserve como avance llega a través de la osadía, no de la adaptación, porque se acata una necesidad ciega. "No atreverse

es fatal", dijo René Crevel, y es una frase que no olvidaré nunca. La lógica total del universo reside en la osadía, es decir, en crear desde el soporte más endeble, más frágil. En un principio esta osadía se confunde con la voluntad, pero con el tiempo la voluntad se retira y toma su lugar un proceso automático, que de nuevo debe romperse o abandonarse; entonces llega una nueva certeza que no tiene nada que ver con el conocimiento, la habilidad, la técnica o la fe. A través de la osadía uno llega a esa postura misteriosa del artista, y es este anclaje lo que nadie puede describir con palabras pero subsiste y resume de cada línea escrita.

